

TIBERGHIEEN, Gilles A.: *Notas sobre la cabaña*, edición e introducción Federico L. Silvestre, traducción Matías G. Rodríguez-Mouriño, Biblioteca Nueva, col. Paisaje y Teoría, Madrid, 2017, 195p.

En la experiencia comenzó todo. Una temporada en Vermont, de donde extrajo el comienzo de estas “notas” que, como el propio autor nos dice, “conservan cierto aire de diario” (p. 15), constituye el núcleo de esta elegante obra. A la manera de variaciones sobre temas y obras sobre las que había reflexionado durante años, Gilles A. Tiberghien desarrolla en este libro un texto tan generoso con sus deudores como con sus lectores. Estamos ante una verdadera obra de filosofía, donde el estilo y la proposición se informan sin solución de continuidad.

Estas *Notas sobre la cabaña* constituyen la segunda obra de Tiberghien en ser traducida al castellano (tras *Amistar*, publicado por Díaz & Pons en 2013 e igualmente en edición de Federico L. Silvestre), y en consecuencia apenas una pequeña parte de su amplia y celebrada carrera. Profesor de Estética en la Sorbona, Tiberghien es uno de los grandes estudiosos a nivel internacional del *land art* (cf. *Land Art*, Carré, Paris, 1993) y, ante todo, un agudo paseante del arte y la estética contemporáneos (cf. *Nature, art, paysage*, Actes Sud, Paris, 2001). No quisiéramos desaprovechar la oportunidad, por otra parte, de mencionar nuestra reciente asistencia a una de esas maravillosas jornadas del Observatori del Paisatge de Catalunya, en este caso dedicada a los *Paisatges refugi* (Santa Coloma de Cervelló, 13/ XII/2018), en la que el propio Tiberghien tuvo la ocasión de reflexionar de nuevo sobre estas cuestiones junto a Joan Nogué, Francesco Careri, Teresa Andresen, Eduardo Outeiro o el propio Federico L. Silvestre.

El libro comienza con la descripción de dicha estancia de Tiberghien en una cabaña en Vermont, cerca del lago Walden, durante el verano de 1999

---

Recibido: 12/03/2019. Aceptado: 18/03/2019.

(“Notas 1”, pp. 23-52). El autor no tarda en descubrirnos qué tipo de texto resultó de tal experiencia:

Algo a imagen y semejanza del lugar que habitaba: frágil y provisional, extraño e íntimo, capaz de abrigar pensamientos, observaciones y comentarios, muchos de los cuales pertenecen a los autores que leía, y algunos más propios. El conjunto se asemeja a un cuaderno de croquis confeccionado a posteriori que prolongase un texto anterior al cual no necesariamente remitiría, dando así la impresión de ensamblaje heterogéneo, especie de cabaña teórica construida tanto para cobijar a su autor como para *exponerlo*. (p. 23)

Thoreau, Cavell y Brinckerhoff Jackson acompañan en sus reflexiones a Tiberghien, cuya cabaña se situaba además a poca distancia de la granja Arrowhead de Melville, del hogar de Hawthorne y del camino pedestre más largo de los Estados Unidos, el sendero de los montes Apalaches. Citas y reflexiones se suceden como una suerte de impresiones e ideas en torno a su cabaña, las cabañas y el paisaje:

Thoreau tiene razón, es el reflejo del paisaje en mi espíritu lo que me permite aprehender(lo) de veras. No importa cuál sea el paisaje: el que yo veo desde aquí se prolonga en mis sueños e insomnios. Se trata del paisaje de mis lecturas, ese mundo del pasado que me hace ver de otra manera el mundo de hoy, el de esta región de Vermont donde vivió Melville en la época en que trabajada en el manuscrito de *Moby Dick*. Entonces le parecía que el monte Greylock era como el dorso de una ballena [...]. (p. 39)

Tiberghien, como en todas sus obras, hace dialogar estas fuentes entre ellas y a su vez con el arte y la arquitectura contemporáneos. Es así, por ejemplo, que nos habla de la dialéctica continua que hace de la cabaña un lugar donde “interior” y “exterior” devienen su contrario, se entrelazan y, en última instancia, pierden el sentido que cualquier otro contexto les otorgaría. Como se indicaba en la primera cita, la cabaña abriga tanto como expone a quien la habita, quien a su vez se ve inevitablemente expuesto a su propio interior, a su alma:

Construir una cabaña consiste precisamente en no fundar nada. Incluso aunque ello no excluya una experiencia “fundamental”, una experiencia de la tierra y el entorno. Pero no se trata de estabilidad ni de raíces, eso propio de toda “morada” familiar, que, sin duda, acierta con su nombre. (p. 42)

Las cabañas no son casas: se trata de “pura exterioridad”, algo que “se extiende por la naturaleza casi como esta la penetra de lado a lado” (p. 43):

La cabaña nos hace estar inmediatamente en alerta, en sintonía con lo que nos rodea. Que se trate de un sentimiento de peligro o de simpatía

—el ruido de las ardillas sobre el techo o el de las serpientes bajo los suelos—, prueba que nuestro espíritu se prolonga fuera y deviene él mismo un afuera. (p. 43)

Es en torno a estas disquisiciones como se va configurando el libro, a través de notas sobre el mito de la cabaña como origen de la arquitectura, como ilusión de seguridad a la vez que caparazón, como máquina para soñar, como “lugar psíquico” en el sentido freudiano. Sobre todo, Tiberghien conjuga estos pensamientos (pensamientos ligeros, elegantes, *adecuados*, que denotan un cierto “gran estilo” nietzscheano) en torno a una serie de cabañas, así la de Wittgenstein en Skjolden (Noruega) y la de Emmanuel Hocquard en Bouliac (Francia) (“Notas 2”, pp. 53-68); los proyectos del artista y arquitecto canadiense Melvin Charney (“Notas 3”, pp. 69-86); las fotografías aéreas de Alex MacLean (“Notas 4”, pp. 87-105); la soledad de la cabaña y la vida en la calle (“Notas 5”, pp. 107-126); la residencia de Gilles Clément en La Vallée (“Notas 6”, pp. 127-143); o las instalaciones de Tadashi Kawamata (“Notas 7”, pp. 145-165).

A través de todas estas referencias, de esta miríada de anotaciones, excursos, descripciones y pequeños ejercicios de crítica, Tiberghien consigue erigir una profunda reflexión sobre el *habitar*, el cuerpo y la práctica del pensamiento, la precariedad del yo y su despliegue de ida y vuelta hacia y desde el territorio. El libro de Tiberghien, al tiempo que llama la atención sobre la necesidad de ulteriores traducciones de su obra, exige de nosotros una lectura reposada, que se deleite en el flujo mismo de ese pensar. La recompensa que nos aguarda es una bella lección de Estética y de vida.

Además de una introducción de Federico L. Silvestre (“Paradójica ‘ex-timidad’ de la cabaña”, pp. 9-14), la edición en castellano cuenta con un nuevo prólogo del autor y un anexo constituido por un texto de John Brinkerhoff Jackson titulado “Jefferson, Thoreau y lo ulterior” (pp. 169-176), este último ya aparecido en la segunda edición francesa en traducción del propio Tiberghien.

Matías G. Rodríguez-Mouriño